

LOS LIBROS

CAMINO DE LAS HORAS, SONETOS LIBRES ESCRITOS por *Pedro Prado*.

Se diría que Pedro Prado hubiera nacido con una facultad de doble visión. Jamás ha visto las cosas en el primer plano solamente, siempre las ha visto en profundidad, en vasta perspectiva de espacio y tiempo. Da la impresión de un observador persistente, de un Judío Errante que hace siglos viene recorriendo el mundo con sus plantas desnudas, y como ha sido testigo de la transformación de las cosas y de los hombres, de la evolución y recurrencia incesante, nada está para él mudo y aislado, sino que le entrega su secreto, le revela su misión en la armonía general.

La obra de Prado está escrita, por así decirlo, en clave. Parábolas, mitos, alegorías, símbolos. Pocas veces ha escrito por el mero placer de entretener y entretenerse. Sus obras son una invitación a meditar. La belleza de la forma, las agradables apariencias, son solo un medio para entregarnos su sabiduría, como la flor llama al insecto con matices y aromas para hacerlo depositario de su porvenir. Como la nube que se irisa en la luz y tan pronto es hoguera, témpano y joya, pero no se ha remontado para decorar la monotonía azul del aire, sino para llevar pedazos del océano a la cumbre.

El caso de Prado, con su serenidad y amplitud de visión, es insólito en nuestro ambiente, donde todos vivimos quemándonos en el purgatorio de las pasiones y llevamos la anarquía en el cerebro.

Los antecedentes de su formación pueden explicar en forma más o menos satisfactoria su personalidad. Huérfano en hora temprana, ha vagado solitario en la heredad paterna, en la quietud del suburbio, donde se confunden la paz bíblica de los campos y el tumulto de la ciudad. El equilibrio perfecto de su organismo, que se manifiesta en el ritmo del andar y del hablar, la situación económica holgada, la ausencia o suavidad de las crisis dolorosas de la adolescencia y de la pubertad, todo contribuyó a que su atención se proyectara desde temprano al mundo exterior. Sus pensamientos, como naves, como pájaros, salen a cruzar mares y cielos y regresan enriquecidos. El crecimiento de su personalidad da la impresión de una dilatación de ondas concéntricas en un lago sereno. Una serenidad griega y una sabiduría de oriente parecen presidir su desarrollo. Nada es demasiado grande para su atención, nada es pequeño para su curiosidad. Hijo de un médico, parece llevar en la sangre el afán de conocer todos los fenómenos de la vida. La dedicación a la arquitectura, labor a la que parecen converger todas las ciencias y las artes, lo habitúa al culto de los detalles y a la visión de los conjuntos, lo familiariza con la labor de análisis y síntesis del pensamiento humano. Recorre y cultiva personalmente su heredad, recibiendo esa inmensa dádiva de confianza que sube del suelo agradecido.

Desde sus primeras obras, de los veinte y veinticinco años, Flores de Cardo, La Casa Abandonada, maneja el símbolo y la parábola como un pequeño maestro del Evangelio. Y lo mejor es que este explorador del misterio, este navegante de lo absoluto, no tiene nada de caótico. Otros, cuando suben a la montaña o bajan a los abismos, vuelven con la voz alterada por el eco de las profundidades, con la mirada extraviada en el horizonte. Hay en Prado una bonhomía burguesa, un buen sentido práctico que le conserva el equilibrio. La verdad se posa en él y solo un leve temblor acusa su presencia, como el estremecimiento de la rama en que se posa un ave.

La Reina de Rapa Nui y Un Juez Rural son acaso sus obras

más objetivas. Pero siempre sus escenas tienen un eco, una resonancia, y recuerdan las escenas del teatro griego, que se recortaban sobre las montañas. Alsino, por la amplitud de la creación es tal vez su obra máxima. La parte ideal, poética de la obra, tiene la belleza de un mito helénico. Los antiguos, cuando creaban un mito o una leyenda, se mantenían en el terreno de lo maravilloso. Prado, siguiendo una tendencia de su temperamento y de la época, hace tocar tierra a su héroe y lo enreda en humanas aventuras y desventuras. La obra es admirable en su parte poética y en su parte realista. La mirada de Alsino no se ha extraviado en el cielo y se derrama agradecida sobre la gracia de lo pequeño, así el día, que satura de luz el lago como el ojo del insecto. Quizás si la manera de engranar el ideal y la rutina es a veces un poco forzado. La diferencia de velocidades hace que los aterrizajes sean un poco violentos. La dualidad del hombre sencillo y práctico y del artista y filósofo que hay en Prado, se revela claramente en Alsino. (1)

Camino de las Horas es un místico devocionario de belleza. Es tal vez la obra en verso más pura y diáfana del autor. Todo está escrito en estado de éxtasis, de inspiración trascendente. No recordamos haber leído otro conjunto de poemas tan estremecidos de Más allá, tan empapados de azul y ungidos de gracia. Ya no es sólo Lázaro que se levanta de la tumba y nos cuenta cómo su sangre se iba por las arterias del mundo, cómo sus manos empezaban a florecer y sus ojos cegados a llenarse de estrellas en la fuente. El espíritu se ha ausentado del cuerpo en el sueño o la inspiración y nos entrega su divino mensaje. Cada poema merece una devota glosa. Las condiciones de Prado: su facultad de expresarse en imágenes y símbolos, que es sólo la consecuencia de su clara percepción de las relaciones entre las cosas, los seres y las almas; su aptitud para ver en lo transitorio lo permanente; lo general en lo particular; la pureza llena de contenido de su lenguaje; su equilibrio y claridad, resplandecen en esta obra. Si nos atreviéramos

(1) Editorial Nascimento. Santiago, 1934.

a señalar alguna deficiencia, serían algunos giros forzados que suelen observarse y que contrastan con la belleza general del estilo. Tal vez el poeta sacrifica a veces la armonía y la pureza a la precisión, o se trata de trozos agregados para ligar estrofas creadas en la más alta inspiración, junturas en el mármol de la estatua. Pero la mayoría de los poemas están esculpidos en un solo bloque.

Para dar una muestra de la alta calidad del libro citaremos al azar dos sonetos:

Circulan en nosotros nuestros muertos,
circulan en la vida y las ideas,
más lejanos están, menos inciertos
te ayudan en la vida, sin que veas.

¿Por qué sólo llorarlo? El está vivo;
oigo cuanto me dicta su consejo.
Mi corazón, mi ritmo pensativo,
mis acciones, son sólo su reflejo.

El llevaba a su padre, y éste a otros;
todos están en mí, yo nunca mido
la inmensa multitud que hay en nosotros.

La oculta sucesión de mis abuelos
es luz de mi pensar, es el latido
que sostiene a mis alas en sus vuelos.

¡Oh! tarde que en los cielos eres la flor del día,
inmensa rosa mustia que el véspero deshoja,
tú tienes la belleza de la melancolía
y aroma de infinito que el ánimo acongoja.
¿Dónde aspiré tu aliento, oh flor que me conmueves?
¿qué recuerdo profundo tu perfume revive?

En pétalos de nubes, que lentamente mueves,
un aliento divino mi esperanza concibe.
Insecto pequeñito se interna en una rosa
y el dulce néctar bebe en embriaguez que olvida.
En ti me interno, ¡oh! tarde, y olvido toda cosa,
y al beber de tu néctar, ¡oh! rosa enrojecida,
tú despiertas la vaga memoria misteriosa,
el confuso recuerdo de una suprema vida.

Este pequeño libro, breviario de fe artística, devocionario de belleza mística, debe ser recibido con el alma limpia, como los fieles reciben la hostia consagrada. Concebido en estado de gracia, sólo puede comunicarse a los que logren ese divino estado, por la pureza del pensamiento y la intención.

Se ha dicho a veces que las obras de Prado no se encuadran perfectamente en un género literario determinado, que *Alsino* no era precisamente poema o novela, que *Androvar* no era teatro ni dejaba de serlo. Es probable que alguien salga a discutir si estos sonetos son realmente sonetos o no, si son religiosos, o líricos o profanos. Creemos que estas discusiones carecen absolutamente de importancia. Cuando un autor escribe una obra que se encuadra perfectamente dentro de la forma tradicional del teatro, de la novela, etc. ello quiere decir que en él ha prevalecido el instinto de imitación sobre el espíritu creador. Mientras más vigoroso, independiente y espontáneo es el pensamiento original, menos analogía guardará con un género literario tradicional. Sólo después, por un penoso trabajo de adaptación, a veces de mutilación, se logra encuadrar la idea primera en el lecho de Procusto de un género literario. La consideración, entonces, de género literario es muy secundario. Lo único importante es el contenido humano y divino de la obra.—DAVID PERRY B.

